

Una canción sin tonalidades

La canción de la luna

JUAN CARLOS GARAY

Ícono, Bogotá, 2011. 178 págs.

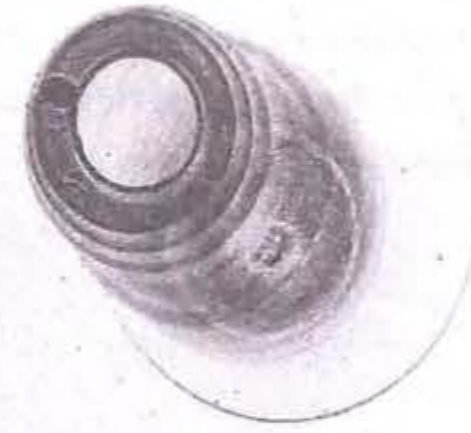
¿QUÉ PUEDE hacer un reseñista cuando se encuentra de entrada con un material que solo haciendo un esfuerzo y con múltiples interrupciones puede leer hasta el final? Quizá lo primero sea decirle al posible lector: "Mire, lo primero que tengo claro es que esta novela no es para mí, tal vez lo sea para usted, no lo sé, pero como es mi trabajo traducir a razones escritas mis experiencias de lectura y ser sincero con ellas, voy a tratar de ser tan claro como pueda en explicarle porqué para mí fue tan difícil leer este material. Puede ser que a usted le pase lo mismo que a mí o que su experiencia sea del todo distinta, que disfrute la novela incluso, como a juzgar por las notas de la contracubierta otros lectores han hecho, pero yo ya tuve mi dosis y no quiero repetir, por lo que trataré de explicar el porqué de mi rechazo para que usted juzgue si desea o no leerla".

La canción de la luna es la segunda novela de Juan Carlos Garay, un escritor nacido en 1974 que se ha centrado básicamente en la crítica de música y logrado un respetable currículo como columnista de la revista *Semana*, realizador de programas de jazz y miembro por varios años del consejo editorial de la revista *Rolling Stones*, de acuerdo con la nota de solapa. Es decir, como escritor Garay se ha especializado en la crítica musical, lo que se nota en la novela, pues los apartes centrados en la música están entre los más sólidos de la obra. Pero una novela tiene, de manera forzosa, una trama central, un tronco común, así pueda uno desmenuzarlo en una rayuela, y me parece que ese tronco común suena a hueco con demasiada frecuencia en *La canción de la luna*, como si no hubiera savia corriendo bajo la corteza. Son decorados sin sustancia, propios de una vacación, sin complejidad.

Luego de pensarlo más de un rato, pienso que el defecto central yace en su personaje central y la mirada que impone sobre el mundo. Un

personaje plano, monocorde, con arpegios emocionales muy limitados y de quien hasta sus mismas excentricidades pueden sonar a lugar común. El segundo elemento limitante es la prosa, que no me parece ni "labrada" ni de imágenes llenas de "exuberancia", como escribe Carolina Sanín en la nota de contracubierta, sino todo lo contrario: muy limitada en su registro la mayor parte del tiempo y, cuando trata de ser poética, con frecuencia del todo forzada. Por último, el tercer elemento que me aleja de la obra –y esto puede ser ciertamente una limitante mía como lector– es que no he leído en los últimos quince años una novela más desconectada de los problemas del mundo. Aparte de un par de descripciones de una línea –como aquella en donde menciona que la hija del famoso músico negro Charley Patton trabajó como sirvienta de una familia blanca, o la insinuación de que en el futuro las corporaciones mineras acabarán con la superficie de la luna para extraer helio 3 (lo que podría verse como una declaración ecológica solo si hubiera vida en la luna, un satélite sin atmósfera, y contrasta con la realidad de una Tierra contaminada y deforestada donde miles de especies animales y vegetales desaparecen hoy en el agujero negro de la extinción)– no hay maldad, ni pobreza real, ni injusticia, ni sinsentido profundo en *La canción de la luna* y por ello la búsqueda de la iluminación por medio de la meditación de su personaje central me suena egotística, y la lectura exclusivamente amoroso-erótico-poética del blues que propone –dado un olvido casi total de las condiciones de pobreza y segregación de la comunidad afroamericana que parió a los mejores músicos del género– me parece empobrecedora, pues a mi juicio reduce al blues a solo un fenómeno estético, a ser el añadido musical ideal para disfrutar con un vino y un *fondue*. Sí, eso debe ser lo que me aleja de *La canción de la luna*: es una novela cuya trama central carece de conflictos sólidos, el mundo que describe es un mundo sin guerras en la acepción más amplia del término, aquella en que la palabra no tiene ni siquiera que asociarse con las armas; ausencia de guerra como ausencia de conflictos profundos,

personales o sociales, al norte o al sur, y por ello solo en las historias secundarias –como la del músico real Charley Patton o la del poeta ficticio que se cuela en la NASA– la novela parece respirar, estar viva.



Pero vayamos por partes, volvamos al principio, lo que nos lleva a Leopoldo Caruso, el personaje sobre quien debía sostenerse la novela y en lugar de ello la hace crujir de principio a fin. Es un monje en las afueras de San Francisco, o más bien aspira a serlo, pues antes era un profesor universitario de biología molecular que por despecho se metió en un monasterio, en apariencia budista y de manera probable de la escuela zen. Caruso está obsesionado con la luna, presencia constante en la novela como promete el título, quizá por cierta experiencia con sus padres mientras estos recorrían América del Sur en bicicleta. Y es en un lugar incierto al sur del río Grande que solo podemos imaginar, donde Leopoldo se enamora de Angélica Arcoiris, una de sus alumnas. Ella parece corresponderle por unos meses, lo que se explica de la siguiente manera:

En ese nuevo semestre, los encuentros dejaron de ser una vez por semana. Arcoiris empezó a aparecer también los viernes y sábados en la tarde. Cocinaban y oían música, con frecuencia el disco de Tony Scott, hacían el amor, y la niña se quedaba hasta más y más tarde, a veces hasta los primeros rayos del otro día, permitiéndole al *profé* la dicha de dormir en el aire de fresas de su perfume. La diferencia de edades se tornaba para Leopoldo en una ventaja. Había dedicado los últimos años a los estudios tántricos y ya dominaba con maestría el músculo pubocoxígeo: lo que la edad le quitaba en ímpetu se

lo sabía devolver en resistencia. Podía permanecer más de una hora en el ejercicio físico del amor y alguna vez llegó a contarle a su amada cuatro tandas seguidas de suspiros extáticos. Suponía que Arcoiris había tenido otras aventuras con muchachos de su edad, pero sabía que su técnica de la prolongación no se comparaba con esos martilleos veloces de los adolescentes. Por esa razón, estaba seguro. Arcoiris volvía cada sábado. [págs. 61-62]



Aparte de la mención al tantrismo y la meditación zen, otros elementos como las recetas de medicina alternativa y los vuelos astrales, lo llevan a uno a recordar el movimiento *New Age* de finales de los sesenta y su versión más comercial, ese *hippismo light* que prosperó durante finales de los setenta y principios de los ochenta, hoy bajo nuevos auspicios de la Era de Acuario. Lo cual me lleva de nuevo a mis limitaciones como lector. No tengo nada en contra de los vuelos astrales, me encanta contemplar la luna y el lobo es mi animal favorito, pero sí tengo problemas con una narrativa que tiende a “desconflictivarlo” todo, incluso el único episodio de violencia de la novela: la mordida de un lobo que recibe Caruso luego de escapar del monasterio, como sucede cuando Leopoldo “se eleva” durante una meditación en el bosque, después de una reunión con el grupo de poetas que se autodenominan los Cazadores de la Luna de Tennyson.

Casi se elevaba raudo como un cohete cuando sintió muy de cerca la humedad de un hocico. Tan pronto reconoció al lobo que lo había mordido, se formó un remolino de miedo en el centro de su ser. Pero se contuvo de bajar al mundo de las formas,

sacó fuerzas y lo encaró desde esa dimensión etérea. Descubrió que detrás de aquellos ojos de amenazante amarillo también había un rebrote de miedo. “¿Por qué me atacaste?”, le supo reprochar, y el lobo le contestó en un idioma de animal sencillo que Leopoldo descifró enseguida porque resultó más fácil que todas las divagaciones humanas: “No hay maldad en mis movimientos, no hay intención en mi ser; soy sólo una criatura a la que mueve el instinto y que se defiende con garras y dientes de las amenazas que vienen de afuera”. Entonces en su corazón pudo perdonar a la criatura. En esa paz profunda aceptó que lo acompañaría para siempre la marca de cuatro colmillos en su pierna izquierda y se fundió en un abrazo con el lobo, con el bosque, con el halo de la luna. [pág. 94]

Volvamos a mi limitación como lector, entonces. Aquello que puede no volverme el lector propicio para esta novela. En lo personal, no tengo problema respecto al diálogo con un lobo. Pero sí con poner en su boca palabras que lo transforman en poco más que un perro no domesticado. Una muestra más de esa desconflictuación presente en todo el libro, como he dicho, en el que cualquier desencuentro entre los seres se resuelve de formas que parecen sacadas de un sombrero y al final suele descubrirse que no había una mala intención, sino solo malentendidos. Aparte de eso, más allá de la ausencia de conflictos profundos, tengo reservas frente a la prosa misma, como ya he dicho. Más que exuberantes, las frases siguientes me parecen poco afortunadas, o, si se quiere jugar con las similitudes fonéticas entre ambas apreciaciones, una extravagante imitación de un lenguaje poético que puede aproximarse al lugar común, cuando no a lo forzado: “amarla con la firmeza del tigre que embosca una nutria” (pág. 60), “lo miró sin cristales, con ojos cenizos de profunda sabiduría” (pág. 54), “un par de ojos que eran dos piedras preciosas” (pág. 55), “el recuerdo insistente de cierta niña que fue emperatriz de su corazón y un día lo abandonó sin motivo” (pág. 43), entre otras. Por otra parte, cuando se afirma para describir una tienda de música que

“lo que resuena son casi siempre guitarras endiabladas, saxofones en celo, gemidos de *blues*” (pág. 33) me da la impresión de haber leído ya el libro en otras ocasiones. No veo la exuberancia de la que se habla en la contraportada en ninguna parte, sino las mismas imágenes asociadas a los mismos elementos e incluso una adjetivación repetitiva, lo que es menos excusable en el español que en cualquier otro idioma occidental, pues en nuestra lengua es precisamente el elemento más rico en permitir juegos con el idioma, tal como el inglés es prolífico en verbos o el alemán en sustantivos.

Si hubiera hecho esta reseña hace quince años, habría resaltado que el autor escribió sobre culturas foráneas como muestra de la naciente desprovincialización de la literatura colombiana, o su amor evidente a géneros musicales extranjeros, a pesar de que ya para entonces existía *Opio en las nubes* (1992), de Rafael Chaparro Madiedo, que con su mar bogotano y sus bares rockeros merece, sin duda, su lugar de culto entre algunas subculturas urbanas. Hoy, después de treinta años de MTV y la creciente integración de la sociedad colombiana, en particular de sus élites, en ese *collage* económico-cultural siempre disperejo que conocemos como globalización, sorprende mucho menos encontrar una obra en la que aparte de un evidente conocimiento de obras exóticas del *jazz* y el *blues* y su integración con la meditación zen, no parecen existir muchos elementos novedosos en el marco de la narrativa colombiana contemporánea. Aparte de eso, la novela cuenta con un personaje central plano, por lo que los episodios más interesantes de la novela son aquellos en los cuales Leopoldo Caruso no está presente y que podrían leerse como un par de cuentos aparte si no se les relacionara con la trama central. ¿Pero puede una novela contemporánea sostenerse con un personaje central unidimensional? A juzgar por el ejemplo que pone el siempre bien intencionado y comprensivo Leopoldo Caruso, en perpetua búsqueda del amor y de la iluminación espiritual, creo hoy más que nunca que no, pues principalmente es gracias a él que la

novela en lugar de parecer un viaje de descubrimiento, parece la exhibición de un álbum de postales retocadas que no podemos revisar sino con cierto escepticismo. Los diversos matices del gris son la mejor prueba de que en algún lugar existen el blanco y el negro puros en un universo renuente a los absolutos.

Andrés García Londoño

El paraíso escondido

El cuarto secreto

CLAUDIA IVONNE GIRALDO GÓMEZ
Secretaría de Cultura Ciudadana,
Alcaldía de Medellín, Hombre Nuevo
Editores, Medellín, 2008, 155 págs.

EN ESTA novela de Claudia Ivonne Giraldo, se dan al pie de la letra las percepciones a las que Henri Michaux nos propone acceder en su texto *Modos del dormido, modos del que despierta*, en cuanto nuestra escritora persigue como el poeta francés, que el lector viva la realidad en sus facetas tangencialmente posibles: la realidad del presente, que describe de manera objetiva la cotidianidad y la conducta humana en situación consciente; la realidad del pasado, perceptible en las maneras de la memoria (el recuerdo y las añoranzas), y la realidad deseada, a la que se puede acceder –no utópicamente– por medio de los sueños. En efecto, en *El cuarto secreto*, están como estancias de una misma habitación, cada una de esas realidades. Su propuesta estética singular reside precisamente en ello; así, la historia se desenvuelve de manera plural, en cuanto se torna, en forma entrecruzada, en presente, en recuerdos, o en sueños.

En correspondencia a lo ya expuesto, se distinguen distintos tonos afines a cada uno de estos escenarios de existencia. Igual hay en su línea verbal segmentos que aprovechan el lenguaje de las descripciones miméticas –dadas al realismo desnudo– como las maneras que provistas de poesía, o mejor, de emociones ennoblecedoras, echan mano de las imágenes sublimes –dadas al relato de sueños o vivencias

perdidas–. Estos fragmentos lo ilustran de manera puntual:

Descripción mimética:

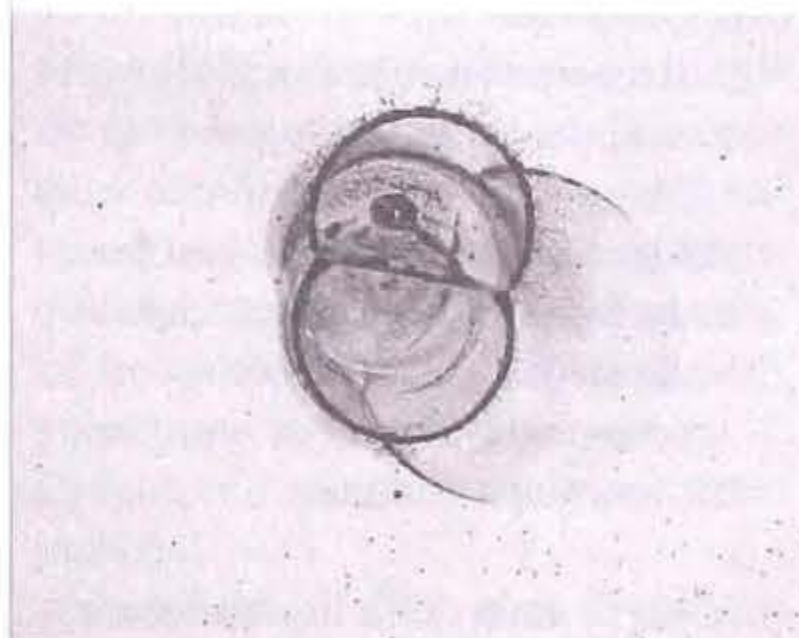
Es lunes. La ciudad, después de un fin de semana frío y lluvioso, amanece con un sol sin nubes ni viento. La brisa se ha ido a otra parte y entre el vaho caliente, sobre el cemento que rechina, los automotores desfilan como una gorda serpiente. Irene no soporta el martirio. Decide almorzar sola antes de tener que proseguir en el atasco del tráfico del mediodía. El pequeño centro comercial sin muchas ínfulas, y no muy concurrido, le es propicio.

Imágenes sublimes:

[...] las escaleras se internan en la tierra, cada vez más abajo, y le muestran el sótano del mundo, uno como invertido mundo que también florece allá abajo, y abajo, el manojo de huesos que la persigue, huesos ahora limpios, lavados, inocentes, otra vez destinados a cloquear por siempre. Tal vez si los enterrara podrían florecer de nuevo, producir diamantes, oro puro, carbón negro y brillante, en eso piensa mientras cava en el sueño un sótano para su casa, y en el sótano siembra unos huesos, y de los huesos salen flores y diamantes y pepitas de oro y una piedra de carbón reluciente de visos intensos, multicolores, que la hacen despertar para seguir consagrada a la tarea.

Con todo, cada situación descrita, poética o prosaicamente, en esta novela de Claudia Giraldo, tiene su centro emisor en el universo interior –aún más complejo y sutil que la realidad tangible o soñada–, del personaje cardinal, una mujer que vive y sueña su vida desde las abstracciones que suponen el ejercicio de la reflexión existencial. Una mujer en torno a la cual orbitan sus hijas, entre otros allegados, como también el ámbito de una casa que se deshabeta y se habita, que se destruye y se reconstruye. En sus páginas cada anécdota, cada ocurrencia, cada hecho o suceso, parece observado a través del prisma de las imaginaciones que enaltecen espiritualmente. Si bien la historia pareciera no tener mayor importancia anecdótica, pues está cargada de intenciones estéticas que la hacen abstracta, la emoción

que nos transmite su lenguaje, bien empleado, y su tono de complicidades delicadas, la tornan interesante en cuanto experiencias que el lector, sin lugar a dudas, complacerá a cuenta de su particular sensibilidad. La voz de Claudia Ivonne Giraldo tiene la suerte de conllevar consigo aires confesionales, la resonancia tenue de lo que se dice en secreto, o mejor, muy cerca al oído, lo que se expresa en especial para uno, para ti.



Son así mismo propios de su estilo sutil, las cosas, los objetos y las personas que ocupan el ámbito de sus escenarios: árboles y huertos, vientos y pájaros, noches y mañanas, ríos y lluvias, jardines y estancias, recuerdos de parientes ausentes o perdidos para siempre, unos y otros, dueños de una recurrente permanencia en el léxico de las creaciones literarias artísticas. Pero también están en estas páginas el silencio y el llanto, las luces apagadas y la angustia de quien sabe que no puede vivir sin amar, de quien no puede

acostumbrarse a estar sola, a transitar por esos secos días de sed, de silencio. Y las noches. Las noches. Sostener sobre la espalda el mundo. En la oficina no quería mirar al frente: concentrada en el trabajo, agobiada, malgeniada, había llegado a odiar un empleo que añoró y que sintió que obtuvo como un premio a su dedicación. Tenía ganas de llorar todo el tiempo y mucho sueño. Pero no podía llorar y no podía dormir. A Irene le tocaba llamarse a gritos para regresar para encontrarse: Irene, Irene... como las campanas para misa de seis.

Formalmente, desde el uso de específicos recursos, y desde la plástica de su estructura narrativa, Claudia Giraldo es hija de su tiempo (al